

guido contra la guardia imperial un gran triunfo (1). Llegó Napoleón el 29 á mediodía á Boceguillas, montó á caballo, se internó por el desfiladero de Somosierra, la reconoció por sus propios ojos y tomó todas las disposiciones necesarias para la mañana siguiente. Mandó á la división de Lapisse que se encaminase á la derecha de la calzada para tomar al quebrar el día la posición de Sepúlveda, y á la división de Ruffin que fuese inmediatamente á asaltar la vertiente del Guadarrama hasta el mismo puerto de Somosierra. Debía el 9.º ligero ir trepando de una en otra elevación por la barga derecha, y el 24 de línea por la izquierda, derribando las defensas levantadas á ambos lados del camino; y el 96 debía avanzar en columna por la carretera. La caballería de la guardia y Napoleón con su estado mayor seguirían después. Por último, los fusileros de la guardia tenían orden de apoyar el movimiento.

Reinaba aquella época de la estación de invierno en que suele el tiempo aparecer sereno, sin salir, sin embargo, el sol hasta la mitad del día. De seis á nueve de la mañana envolvía todo el país una espesa niebla, principalmente en la montaña; desde aquella hora en adelante empezaba á salir un sol refulgente que daba al ejército una deliciosa primavera. Haciendo embestir á Sepúlveda á las seis de la mañana, creía Napoleón haberse enseñoreado de aquella posición accesoria á las nueve, momento en que la columna que avanzaba á Somosierra debía llegar á la cumbre del puerto, oculta entre la niebla, para romper en la montaña el fuego después de terminado al pie.

Al día siguiente, apenas divisaron la columna enviada contra Sepúlveda, rompieron en desordenada fuga los tres mil hombres encargados de su defensa, con dirección á Segovia, á reunirse con los otros dispersos del marqués de Belveder (2).

La columna que iba trepando por las bargas de Somosierra llegó sin ser vista muy cerca del punto donde estaba el grueso del enemigo. Disipóse la niebla de repente, y los españoles se vieron con la mayor sorpresa embestidos en las alturas de derecha é izquierda por los regimientos 9.º ligero y 24 de línea. Desalojados de todas sus posiciones defendieron malamente una y otra barga; pero el grueso de sus fuerzas ocupaba el mismo camino, defendido por diez y seis piezas de artillería que hacían descargas mortíferas contra la columna que subía por la calzada de frente. Queriendo Napoleón enseñar

(1) De muy distinto modo refiere el conde de Toreno el encuentro de las tropas de Savary con nuestra vanguardia en Sepúlveda. Los franceses la acometieron con nada menos que cuatro mil infantes y mil caballos, que se esforzaron en vano por hacerse dueños de la posición que los nuestros mandados por don Juan José Sardeu defendían. Al cabo de algunas horas de refriega se retiraron los enemigos dejándonos el campo libre. Si así sucedió en efecto, ¿no teníamos razón para decir que habíamos conseguido un triunfo?

(N. del T.)

(2) El que lea en Toreno la relación del encuentro de Sepúlveda, donde fuimos vencedores, verá que nuestra avanzada no esperó para replegarse á Segovia á ver asomar la columna francesa, como Mr. Thiers supone, sino que en la noche del 29 se verificó la retirada á impulso de temores y voces esparcidas por la maledicencia. No hubo, pues, ni ese pánico, ni esa desordenada fuga, ni ese miedo pueril que aquí se pintan, cediendo á la natural exuberancia de un genio siempre fecundo en accidentes dramáticos. Replegóse nuestra avanzada en el silencio de la noche misteriosa y ordenadamente, y todo lo demás es fábula.

(N. del T.)

á sus soldados á no temer el peligro en la guerra contra los españoles y á arrollarlos siempre que con ellos vienesen á las manos, soltó á escape la caballería de la guardia, mandándola vencer todos los obstáculos que se la opusieran. Un bizarro general de caballería llamado Montbrún avanzó á la cabeza de los jinetes ligeros de Polonia, tropa nueva y escogida que había formado Napoleón en Varsovia para que hubiese en su guardia soldados de toda clase de naciones y trajes. Lanzóse á la carrera el general Montbrún con sus valientes y jóvenes jinetes sobre las diez y seis piezas de los españoles, arrojando un espantoso fuego de fusilería y metralla. Sufrió el primer escuadrón una descarga que le desordenó, derribando en las filas treinta ó cuarenta soldados; pero los que venían detrás llegaron hasta los cañones pasando por encima de los heridos, acuchillaron á los artilleros y se apoderaron de las diez y seis piezas. Rompió el resto de la caballería en persecución de los españoles por la vertiente opuesta del puerto y siguiéndoles el alcance bajó tras ellos por todo el recuesto del Guadarrama. El valiente San Juan, lleno de heridas y cubierto de sangre, procuraba en vano contener su gente; lo mismo en Espinosa y Tudela, sufrió allí el enemigo una espantosa derrota. Quedaron en nuestro poder las banderas, la artillería, doscientas cajas de municiones y casi toda la oficialidad. Los soldados se dispersaron á derecha é izquierda por las montañas, inclinándose principalmente á la derecha para guarecerse en Segovia.

Por la noche toda la caballería estaba en Buitrago con el cuartel general. Los mismos franceses dieron á los españoles la noticia del desastre de aquel mal llamado ejército de Somosierra. Mucho se holgó Napoleón de haber tenido ocasión de probar á sus generales lo que eran los insurgentes españoles y sus soldados, y el caso que había que hacer de unos y de otros, como también de haber vencido un obstáculo que al principio se había creído tan formidable (3). Perdieron los polacos unos cincuenta hombres entre muertos y heridos por las descargas de cañón. Colmóles Napoleón de recompensas y en la distribución de sus mercedes no se olvidó de Mr. Felipe de Segur, que al dar aquella estupenda carga había recibido varios balazos y á quien comisionó para llevar al cuerpo legislativo las banderas ganadas en Burgos y Somosierra.

Apresuróse á esparcir su caballería desde Buitrago hasta las puertas de Madrid y á trasladarse á la capital en persona para tomarla, valiéndose de la persuasión y la fuerza combinadas, deseoso de librarla de los horrores de un asalto. Por fortuna no se hallaba Madrid en estado de defenderse; y por otra parte, el tumulto que en él reinaba habría imposibilitado toda defensa, aun cuando hubiese tenido murallas capaces de resistir al formidable enemigo que le amenazaba.

(3) Mr. Thiers puede encarecer cuanto guste la dificultad vencida por los franceses en el puerto de Somosierra; pero todo lector imparcial reconocerá fácilmente que mal podían los españoles tener por formidable la posición que San Juan ocupaba, cuando precisamente el camino real hasta lo alto del puerto está dominado por montañas laterales que le siguen en sus vueltas y sesgos, y la misma cumbre está enseñoreada por cimas aún más elevadas: de manera que el valiente San Juan, después de abandonado por las tropas que formaban la vanguardia, se veía expuesto á que el enemigo flanquease la posición, como sucedió, por no tener tropas ligeras con que cubrir los puntos más eminentes. (N. del T.)

Al saber la toma de Somosierra se disipó súbitamente la gárrula presunción de los españoles y apresuróse la junta á huir de Aranjuez á Badajoz, anunciando al emprender su viaje que iba á preparar en el Mediodía de la Península medios de resistencia correspondientes á la gloriosa muestra de Bailén. La capital, no obstante, iba á ser disputada al conquistador de Occidente, pues así lo pedía el partido violento y anárquico amenazando degollar á todo el que tratase de capitulación. D. Tomás de Morla y el marqués de Castelar eran los encargados de la defensa, en unión con cierta junta reunida en la casa de Correos, de que formaban parte personas de toda condición y pelaje. Quedaban en Madrid unos tres ó cuatro mil hombres de tropa de línea, de muy mediana calidad; pero á esta guarnición se había agregado un populacho frenético, de la ciudad y del campo, que había pedido y alcanzado armas, inútiles en sus manos para salvar la capital y ominosas á todo honrado vecino. Enfurecidos unos cuantos por haber creído descubrir en los cartuchos que se les habían distribuido un polvillo negruzco que decían ser arena en vez de pólvora, fijaron su enojo en el corregidor marqués de Perales, personaje antes muy querido del pueblo por la fama que con sus licenciosas costumbres se había granjeado de apropiarse las mujeres más hermosas de la clase baja. Una de éstas, resentida de su inconstancia, le acusó de ser el expendedor de aquellas fraudulentas municiones, y cómplice en una trama urdida contra la seguridad de Madrid: apoderóse entonces de este desgraciado la turba de los asesinos y le inmoló lo mismo que había inmolado á tantos otros desde el fatal motín de Aranjuez, arrastrando luego por las calles sus despojos. Consumado que fué este brutal desahogo, hicieron precipitadamente los bárbaros dominadores de Madrid unos cuantos preparativos de defensa dirigidos por personas entendidas. Madrid carece de fortificaciones: está la capital de España como estaba París hace algunos años, antes de los grandes trabajos que le han hecho inexpugnable, rodeada de una tapia sencilla sin bastiones ni cosa alguna semejante. Sus defensores aspilleraron las tapias de su recinto y pusieron en ellas cañones, señaladamente en las dos puertas de Alcalá y de Atocha, que conducen á la carretera por donde iban á presentarse los franceses. Detrás de las puertas abrieron zanjas y alzaron barreras en las calles adyacentes para que vencido el primer obstáculo quedaran otros en el interior.

Enfrente de las dos puertas mencionadas descuellan en terreno alto delante de Madrid el palacio y el parque del Buen Retiro, separados de la población por el famoso paseo del Prado. Abrióronse también troneras en las tapias del Retiro, formáronse allí algunos espaldones de tierra, se pusieron cañones, y en su recinto se acomodó á guisa de guarnición una turba de gente fanática, más propia para talarlo que para defenderlo. Las mujeres, uniendo sus esfuerzos á los de los hombres, empezaron á desempedrar calles y á transportar el pedernal á los tejados para arrojarlo sobre los invasores. Echáronse las campanas á vuelo día y noche para mantener la alarma en el vecindario, y el duque del Infantado salió secretamente comisionado para buscar al ejército de Castaños y traerlo á Madrid.

No era semejante agitación el medio formal de resis-

tencia que podía detener á Napoleón. Presentóse éste el 2 de diciembre por la mañana sobre Madrid al frente de la caballería de la guardia y de los dragones de Lahoussaye y de Latour-Maubourg. Celebrábase aquel mismo día en Francia el aniversario de la coronación y de la batalla de Austerlitz, y tanto para Napoleón como para sus soldados entrañaba aquella fecha memorable cierta especie de buen agüero. Estaba el día enteramente sereno. Al divisar aquella arrogante caballería á su glorioso caudillo prorrumió en unánimes aclamaciones, confundidas con la rabiosa grito que al-



El general Montbrún

zaron al vernos los españoles. Mandaba la caballería imperial el mariscal Bessieres, duque de Istria; y el emperador, después de haber estado un momento contemplando la capital de España, le mandó que enviase un oficial de su estado mayor á intimarla que abriese sus puertas. Costóle mucho trabajo entrar al joven enviado: un carnicero extremeño que estaba encargado de la defensa de una de las puertas se empeñó en que había de ser el mismo duque de Istria en persona el que desempeñase aquella comisión, y el general Montbrún que se hallaba presente y quiso rebatir tan ridícula pretensión, tuvo que desenvainar su sable para defenderse. Admitido el parlamentario dentro de la capital, fué acometido por el pueblo, y ya iba á ser inmolado cuando la tropa de línea, que tomó á punto de honor el hacer respetar las leyes de la guerra, le salvó la vida arrancándole de manos de sus asesinos. Comisionó á su vez la junta á un general español para que llevase á los franceses su respuesta negativa; pero los cabezas del amotinado populacho exigieron que fuese dicho general escoltado por treinta hombres del estado llano, más aún que para protegerle para vigilar su conducta, porque la frenética muchedumbre en todo veía traiciones y ale-

vosías. Llegó el general español con aquella singular escolta adonde se hallaba el estado mayor imperial, que fácilmente adivinó en su embarazosa actitud la tiranía que tanto á él como á todos los hombres honrados de Madrid tenía supeditados. Hizosele presente repetidas veces que en vano intentaría la villa de Madrid hacer frente al ejército francés, que la resistencia no haría más que exponer á una inútil carnicería como forzosa consecuencia del asalto á toda aquella población de mujeres, niños y enfermos, y enmudeció el infeliz bajando los ojos por no atreverse ante los testigos que le rodeaban á expresar los sentimientos de que estaba poseído. Fué despedido con su triste escolta, declarándole que iba inmediatamente á romperse el fuego.

Aún no tenía Napoleón consigo más que la caballería, y esperaba que su infantería llegase hacia el anochecer de aquel mismo día. Emprendió en persona un reconocimiento por los contornos de Madrid, y dispuso un plan de ataque que pudiera dividirse en diversos actos sucesivos, haciendo intimaciones á la plaza en los intermedios y procurando reducirla más bien por intimidación que con el empleo de los terribles medios de la guerra.

Llegaron efectivamente al caer la noche las divisiones de Villatte y Lapisse del cuerpo del mariscal Víctor, y tomó sus disposiciones para apoderarse del Buen Retiro, que domina á Madrid al Este, y de las puertas de los Pozos, de Fuencarral y del Conde-Duque, que le dominan al Norte. Hacía una hermosa luna, y durante la noche se ocuparon ordenadamente todas las posiciones: el general Senarmont dispuso la artillería en actitud de batir las tapias del Retiro, y todo quedó preparado para la primera pujante embestida. Ya el general Maisón, encargado de batir las puertas referidas, había tomado las obras exteriores arrojando violentas y bien dirigidas descargas; pero llegado que hubo á ellas se detuvo esperando la señal del ataque.

Volvió á despachar Napoleón á los de la ciudad antes de empezar otro comisionado: ahora español, hecho prisionero en Somosierra. Llevaba éste una carta de Berthier, afable y enérgica á un mismo tiempo, para el marqués de Castelar que los mandaba. No se hizo esperar la respuesta; era negativa, y se reducía á que antes de resolver cosa alguna era menester dar tiempo á consultar con las autoridades y el pueblo. Entonces Napoleón ocupó en persona los puntos más elevados al rayar el día, teniendo el Retiro á la izquierda, y á la derecha las puertas de los Pozos, de Fuencarral y del Conde-Duque, y dirigió por sí mismo el ataque. Una batería española, perfectamente asestada, cubrió en un momento con una rociada de balas el paraje donde Napoleón se había situado, y le obligó á desviarse un tanto: un hombre como aquél no debía sucumbir á semejantes tiros. En cuanto se disipó la niebla de la mañana, dejando lucir el hermoso sol de todos aquellos días, el general Vilatte, encargado de maniobrar por la izquierda, avanzó con su división sobre el Retiro. Derribó Senarmont á cañonazos las tapias de aquel delicioso parque, entró la infantería á la bayoneta, y desalojó en breve á los cuatro mil hombres del vecindario y del populacho que habían intentado defenderle. La resistencia fué casi nula, y nuestras columnas atravesando el Retiro sin dificultad desembocaron inmediatamente

en el Prado, magnífico paseo que se extiende desde la puerta de Atocha á la de Alcalá, tomándolas por la espalda. Apoderáronse nuestras tropas de estas puertas y de las piezas con que estaban artilladas; embistieron después unas cuantas compañías escogidas las primeras barreras de las calles de Atocha, Alcalá y Carrera de San Jerónimo, y las tomaron á pesar de un vivísimo fuego. Hubo que tomar también por asalto varios grandes edificios situados en las mismas calles y que pasar por las armas á los que los defendían.

El general Maisón que había tenido que estar toda la noche sufriendo un fuego mortífero para mantenerse en las casas de los arrabales, atacó á la derecha por las puertas de Fuencarral, del Conde-Duque y de San Bernardino, con objeto de abrirse calle hasta un vasto edificio que servía de cuartel á los guardias de corps, y cuyas paredes, robustas como las de una fortaleza, eran capaces de resistir las descargas de cañón. Consiguió penetrar dentro de la población y rodear por todos lados el cuartel de guardias arrojando un fuego espantoso; mas no habiendo podido la artillería de campaña abrir brecha en sus muros, avanzó el general Maisón á la cabeza de un destacamento de zapadores para derribar sus puertas á hachazos. Pero las puertas estaban por dentro atrancadas con toda clase de obstáculos, de modo que era imposible forzarlas; viendo lo cual, mandó el general romper contra aquel edificio desde todas las casas vecinas un violento tiroteó. Veintiuna horas hacía que duraba el fuego cuando recibió Maisón un balazo que le estropeó un pie; doscientos hombres entre muertos y heridos cubrían los accesos del formidable cuartel; en esto mandó el emperador parar la embestida antes de dar á Madrid un asalto general. Habíase ya enseñoreado de las puertas de Fuencarral, del Conde-Duque y de San Bernardino, atacadas, por el general Maisón, y de las de Alcalá y Atocha, atacadas por el general Villatte, y su artillería desde la altura del Retiro bastaba para reducir en breve á la desgraciada ciudad. Sin embargo, suspendió la acción á las once del día y envió á la junta de defensa una nueva intimación, anunciándola que todo estaba preparado para aniquilar la ciudad si persistía en resistir; pero que á pesar de estar resuelto á hacer un terrible escarmiento que sirviera de ejemplo á todas las ciudades de España obstinadas en cerrar sus puertas, prefería, sin embargo, deber la rendición de Madrid á la razón y á la humanidad de los que se habían declarado sus dominadores.

Ya la toma del Retiro y de las puertas del Este y del Norte de la capital había producido viva sensación en los defensores. No había persona de juicio que no temiese las consecuencias de un asalto, y hasta el mismo pueblo bajo, que había visto por experiencia en los ataques de la puerta de Alcalá y Atocha lo que sacaba haciendo fuego á los franceses desde los tejados, empezaba á moderar sus ánimos violentos; de lo que se aprovechó la junta de defensa para enviar al cuartel general como comisionados á D. Tomás de Morla y á D. Bernardo Iriarte.

Recibiólos Napoleón á la cabeza de su estado mayor con expresión fría y severa en el semblante. Sabía que D. Tomás de Morla era aquel mismo gobernador de Andalucía bajo cuya autoridad había sido infringida la capitulación de Bailén y resolvió dirigirle palabras que

tuviesen eco en toda Europa. Acobardado Morla con la presencia del hombre extraordinario ante quien comparecía y por la cólera que, aunque reprimida, se pintaba visiblemente en sus facciones, le dijo que todos los hombres prudentes de Madrid estaban persuadidos de la necesidad de rendirse, pero que era menester que se retirasen las tropas francesas dando lugar á la junta para aplacar al pueblo y reducirle á deponer las armas. «En mal hora toma usted en boca al pueblo, le respondió Napoleón con airado acento, pues en vano pretenderá aplacarle quien como usted le ha alucinado y perdido con sus embustes. Reunan ustedes el clero, los priores de los conventos, los alcaldes y propietarios principales, y que sin más plazo que hasta las seis de la mañana se rinda la ciudad ó de lo contrario dejará de existir. No quiero ni debo retirar mis tropas. Usted inmoló á los desgraciados prisioneros franceses que cayeron en sus manos; aún no hace muchos días, consintió usted asesinar y arrastrar por las calles á dos criados del embajador de Rusia sólo por haber nacido franceses. Un general incapaz y cobarde le entregó á usted las tropas que habían capitulado en el campo de batalla de Bailén, y la capitulación fué violada. ¿Recuerda usted, señor de Morla, la carta que escribí á ese general? Mal le estaba por cierto hablar de pillaje al que como usted entrando en el Rosellón en 1795, robó todas las mujeres y las distribuyó á modo de botín entre sus soldados. ¿Qué derecho tenía usted para usar semejante lenguaje? La capitulación de Bailén se lo prohibía. Mírese usted en la conducta de los ingleses, aunque no se pican de rígidos observadores del derecho de las naciones: quejáronse del convenio de Cintra, pero le han cumplido. Quebrantar los tratados militares es renunciar á toda civilización y ponerse al nivel de los beduinos del desierto. ¿Y aún tiene osadía para pedir capitulación quien no supo respetar la de Bailén? Vea usted como la injusticia y la mala fe redundan siempre en perjuicio de los que las emplean. Tenía yo en Cádiz una escuadra que era aliada de la de España, y usted asestó contra ella los morteros de la ciudad que mandaba; tenía yo en mis filas un ejército español, y he preferido á desarmarle, verle trasladado á los buques ingleses y precipitarle desde los altos peñascos de Espinosa; he preferido por último tener nueve mil enemigos más que combatir á faltar á la buena fe y al honor. Vuelva usted á Madrid: tienen ustedes de plazo hasta mañana á las seis; venga usted entonces si al tomar el nombre del pueblo ha de ser para anunciarme que se ha sometido; de lo contrario, ustedes y sus tropas serán todos pasados por las armas (1).»

Quedó D. Tomás de Morla aterrado con estas tan merecidas y formidables palabras. Volvió á la junta, y no acertando á disimular su desconcierto, tuvo D. Bernardo Iriarte que dar cuenta por él de la comisión que de consuno habían desempeñado en el cuartel general francés. Era la imposibilidad de la resistencia tan evidente, que la misma junta, aunque dividida en pareceres, reconoció por una gran mayoría de votos que era forzoso someterse. Envio de nuevo á D. Tomás de Morla á Napoleón para anunciarle la rendición de Ma-

drid bajo ciertas insignificantes condiciones (2). Quiso en la noche del 3 al 4 el marqués de Castelar esquivar con sus tropas, así bien la clemencia como la severidad del vencedor, y acompañado de sus soldados y de todas las personas más comprometidas, salió por las puertas del Oeste y Mediodía que los franceses no ocupaban. Al día siguiente, á despecho del populacho furioso que aún seguía lanzando gritos de cólera, y dóciles todos los que se hallaban armados á la invitación que se les hizo de no oponer resistencia, fueron las puertas de la ciudad abiertas y entregadas al general Belliard. Apoderóse el ejército francés de los barrios principales, y se acuarteló en los edificios más espaciosos, particularmente en los conventos, á cuyas expensas mandó Napoleón fuese mantenido. Dispuso se procediese á un desarme general é inmediato, y en seguida, sin dignarse él entrar en Madrid, fué á alojarse con su guardia en una pequeña casa de campo de Chamartín, de la familia del duque del Infantado. Prescribió á José que pasase el Guadarrama y fuese á residir fuera de Madrid, en el palacio del Pardo, situado á unas dos ó tres leguas. Proponíase infundir terror á los habitantes con una ocupación militar prolongada antes de darles con la nueva dinastía un buen régimen civil. Su conducta en aquellas circunstancias fué tan hábil como enérgica.

Quería sin proceder con crueldad y valiéndose solamente de la intimidación, poner á la nación entre la perspectiva de los beneficios que iba á prodigarla y la de los tremendos castigos que iba á fulminar contra los obstinados en la rebelión. Había ya mandado confiscar los bienes á los duques del Infantado, de Osuna, de Altamira, de Medinaceli, de Santa Cruz, de Híjar, al príncipe de Castelfranco y á D. Pedro Ceballos, castigando á estos dos últimos por haber aceptado empleos del rey José, abandonándole después. Estaba Napoleón resuelto á emplear particular severidad contra todos los que como ellos mudasen de partido y que con la resistencia en sí legítima aunasen la villanía de la traición. El príncipe de Castelfranco y el duque del Infantado sólo habían procedido como débiles; D. Pedro Ceballos había procedido como traidor, así que se había dado orden de detenerle doquiera que fuese hallado. Pero se puso en cobro, y Napoleón mandó prender al príncipe de Castelfranco y al marqués de Santa Cruz, que no habían tenido tiempo para esconderse. Hizo asimismo prender y entregar á una comisión militar al duque de San Simón, que, aunque de origen francés, había incurrido en la pena de los que hacían armas contra su patria. Su plan no era castigar, sino intimidar, reduciendo por cierto tiempo á prisión de Estado á las personas á quienes hacía prender y condenar. Hizo arrestar también y llevar á Francia á los presidentes y fiscales del Consejo de Castilla. Trató con el mismo

(2) En estas condiciones, que el autor llama insignificantes, hizo Napoleón solemnes promesas á que luego faltó, empezando la infracción de lo pactado con los decretos que fulminó desde Chamartín el mismo día 4, ya desembozadamente y en tono de conquistador, contra el Consejo de Castilla, los conventos, los derechos señoriales, etc., acompañados de otras medidas de proscripción aún más crueles con muchos é insignes personajes, á quienes debieran servir de escudo los artículos que estipulaban la libertad y seguridad personal de todos los vecinos de Madrid. Puede verse el texto de esta capitulación en el apéndice al libro VI de la *Historia del conde de Toreno*. (N del T.)

(1) Reproducidos textualmente las palabras de Napoleón consignadas por completo en el *Monitor* de aquella fecha. (N. del A.)

rigor á varios cabezas de motín que habían sido fautores de los asesinatos de tantos soldados franceses y personajes españoles, víctimas de los furiosos de la plebe. Mandó al mismo tiempo se volviese á hacer un desarme más completo y general que el anterior, y exigió, como dejamos dicho, que se diese en los conventos alojamiento á una parte del ejército y se le mantuviese á costa de los mismos (1).

Mientras desplegaba aquellos aparentes rigores, quiso admirar á la nación española en conjunto con la perspectiva de los beneficios que la dominación francesa había de producir; con arreglo á lo cual decidió por medio de una bien combinada serie de decretos la supresión de las líneas de aduanas entre provincia y provincia, la destitución de todos los individuos del Consejo de Castilla, substituyendo inmediatamente á este alto cuerpo un tribunal de anulación (*Cassation*), la abolición del Santo Oficio, la prohibición de que pudiese un solo individuo disfrutar más de una encomienda, la abrogación de los derechos feudales, y la reducción de todos los conventos que había en España á una tercera parte de su número.

El deseo de contemporizar con el clero y la nobleza le había hecho desistir de llevar á cabo tan trascendentales reformas cuando estaba en Bayona ocupado en preparar la Constitución española; pero no pudiendo ya desde la insurrección general ser el descontento mayor de lo que era, no tenía que guardar miramientos con clases determinadas, y no tenía que cuidar ya más que de granjearse con sabias instituciones la parte más sana y avisada de la nación, dejando al tiempo y á la fuerza el cuidado de convencer á los demás.

Promulgados que fueron estos decretos, declaró á las diversas diputaciones que se le presentaron que él por su parte no tenía necesidad de entrar en Madrid, no siendo en España más que un mero general extranjero que mandaba un ejército auxiliar de la nueva dinastía, y que por lo tocante al rey José, no le restituiría á los españoles hasta que los creyese dignos de poseerle reconciliándose con él sinceramente; que no volvería á ponerle en el palacio de los reyes de España para que por segunda vez fuese expulsado; que si los habitantes de Madrid estaban resueltos á recibir á este príncipe, ya desengañados y convencidos de los grandes beneficios que la nueva dinastía les hacía esperar, se le restituiría después que todos los cabezas de familia reunidos en las respectivas parroquias de la capital le hubiesen prestado juramento de fidelidad sobre los santos Evangelios; que de lo contrario desistiría de querer imponer á los españoles una dinastía que tanto repugnaban;

(1) Nótese que todos estos atentados entrañaban otras tantas infracciones de la capitulación estipulada. La *razón de Estado* hubiera podido servirles de paliativo, á los ojos de los que la admiten aún contra los invariables principios morales, nunca á los nuestros; si Napoleón no se hubiese antes ligado con una capitulación solemne. Pero después de celebrada ésta, no era árbitro de tomar medidas políticas de semejante carácter y naturaleza: su obligación era cumplir lo pactado. Las crueles medidas que adoptó estarían medianamente disculpadas no precediendo mención alguna de la capitulación referida: por esto cabalmente omite Mr. Thiers el hacer un resumen de sus artículos, como acostumbra siempre á hacer en casos análogos, y con mucha astucia previene el juicio del lector, y su propia disculpa por haber prescindido de una cosa tan esencial, diciendo que Napoleón entró en Madrid bajo ciertas insignificantes condiciones.

(N. del T.)

pero que entonces, como que los había conquistado, usaría con ellos de todos los derechos de conquista, dispondría del país como mejor le pareciese, y probablemente le desmembraría apropiándose lo que juzgase conveniente al territorio francés.

Dedicóse además á formar un núcleo de ejército para su hermano José. Mandóle reunir en un regimiento de varios batallones todos alemanes, napolitanos y demás extranjeros que estaban desde años atrás sirviendo en España, y que anhelaban encontrar ocupación y sueldo. Este cuerpo iba á denominarse regimiento *Real extranjero*, y su fuerza debía ser de unos tres mil doscientos hombres. Mandó reunir los suizos españoles que habían permanecido fieles ó que propendían á adherirse á José, en otro regimiento que llevase el nombre de *Reding*, en memoria del buen comportamiento de uno de sus oficiales. Su fuerza se calculaba en unos cuatro mil ochocientos hombres. Bajo el nombre de *Real Napoleón* mandó formar otro regimiento de todos los soldados españoles que habían abrazado la causa de José, también de cuatro mil ochocientos hombres, y por último otro con el nombre de *Guardia real* de todos los franceses que después de la jornada de Bailén habían servido á Castaños por librarse del cautiverio. Suponíase que su número, unido al de los reclutas sacados de Bayona, ascendería á una fuerza efectiva de tres mil doscientos hombres. Resultaba de todos estos regimientos un núcleo de diez y seis mil soldados, que podían valer mucho si eran bien pagados y si no se descuidaba su organización.

Después de adoptadas estas providencias quiso Napoleón ver sus efectos, y siguió hospedado en Chamartín dejando establecido á José en el sitio del Pardo, donde vivía rodeado de toda la etiqueta real, sin tener que inclinarse ante la suprema soberanía del emperador de los franceses. Mientras iban acostumbrándose á conocerle los naturales, Napoleón seguía dictando sus disposiciones militares para la completa conquista de la península.

Había llevado á Madrid el cuerpo del mariscal Víctor, que se componía de las divisiones de Lapisse, Villatte y Ruffin, la guardia imperial y la mayor parte de los dragones. Al rumor de que el cuerpo de Castaños se retiraba por Calatayud, Sigüenza y Guadalajara hacia Madrid, envió al puente de Alcalá la división de Ruffin con una brigada de dragones. Efectivamente, el cuerpo de Castaños, perseguido sin descanso por el general Maurice-Mathieu con las divisiones de Musnier y Lagrange y los lanceros polacos, acometido impetuosamente en Briviesca, donde había sufrido pérdidas considerables, se replegaba desordenadamente sobre Guadalajara, no contando ya más que con nueve ó diez mil hombres, en vez de los veinticuatro mil que contaba en Tudela. Había pasado del mando de Castaños, separado por la junta, al mando de la Peña, y al verse hecho juguete de jefes siempre diferentes, resentido como estaba por la derrota y los padecimientos, se insurreccionó y tomó definitivamente por general al duque del Infantado, que como hemos dicho había salido secretamente de Madrid en busca de refuerzos para los defensores de la capital (2). La entrada de los franceses

(2) Comete aquí el autor una grave inexactitud, dimanada como otras muchas de su ciego empeño de representar á nuestros

en Madrid y la presencia de la división de Ruffin con los dragones en el puente de Alcalá, no dejaban otro recurso más á aquel antiguo ejército del centro que la retirada sobre Cuenca, pues no era de temer que allí fuese molestado, á menos que los franceses tomasen la resolución de marchar sobre Valencia, lo que no podía verificarse tan inmediatamente.

Viendo Napoleón que se alejaba el ejército del centro casi enteramente disperso, dejó á los dragones el cuidado de ir recogiendo á los rezagados y llamó hacia sí á la división de Ruffin del cuerpo de Víctor, destinando á este cuerpo á marchar sobre Aranjuez y Toledo en persecución del ejército de Extremadura. Quería, después de haber asegurado la izquierda, repeliendo sobre Cuenca al antiguo ejército de Castaños (1), asegurar su derecha repeliendo hasta más allá de Talavera los restos del ejército de Extremadura que habían combatido en Burgos y Somosierra. Mandó salir á las divisiones de Ruffin y de Villatte precedidas por la caballería ligera de Lasalle y los dragones de Lahoussaye, y conservó en Madrid la división de Lapisse y la guardia imperial. Lasalle avanzó rápidamente sobre Aranjuez y Toledo, y los dragones sobre el Escorial para repeler las reliquias desordenadas del ejército de Extremadura. Este ejército estaba ya derrotado al comenzar su retirada; pero no fué la derrota completa hasta que se vió encima los caballos de nuestros dragones. Desde entonces quedó diseminado en bandas tumultuosas y confusas que, como toda tropa incapaz de resistencia, se vengaron de su propia cobardía en las personas de sus jefes. La primera víctima fué el malhadado D. Benito San Juan, que era el último que había abandonado el campo en Somosierra todo bañado de sangre, y que

ejércitos como desorganizadas turbas de soldados flojos y paisanos vagabundos. La retirada del ejército del centro mandado por Castaños, desde las faldas del Moncayo hasta Cuenca, fué una de las operaciones más memorables de aquella campaña, pues al cabo, á pesar de toda clase de tropiezos, reencuentros, marchas y contramarchas, escaseces y sublevaciones, se consumió un tránsito de ochenta y seis leguas salvando la artillería y bastante fuerza para con su apoyo formar un nuevo ejército, que combatiendo y trabajando al enemigo, contribuyese al buen éxito de la causa común. La retirada se verificó sin ese desorden que supone Mr. Thiers, queriendo sin duda indicar que cada vez que asomaba el enemigo se apoderaba el pánico de nuestras filas, y que íbamos huyendo aturdidos y acoñojados; no hubo más insubordinación que la de un teniente coronel de artillería que en castigo de su delito fué en Cuenca arcabuceado; y el nombramiento del duque del Infantado como general en jefe estuvo tan lejos de ser resultado de un motín, que el mismo D. Manuel de la Peña le propuso en solemne y pacífico consejo de guerra, celebrado en el alcázar de Huete, para conciliar voluntades.

(N. del T.)

(1) La parcialidad de Mr. Thiers llega hasta el punto de suponer que el ejército español del centro tomaba el camino de Cuenca, no por propia elección, sino forzado. Esto no es cierto: la ciudad de Cuenca y sus sierras fueron elegidas como excelente abrigo y paraje muy acomodado para repararse de las pasadas fatigas y penalidades, y muy necio hubiera sido Napoleón en quererle generosamente proporcionar en amparo tan lleno de requisitos para su conservación. Era el primer proyecto de nuestros jefes mandar parte de la artillería á Cartagena, y, partiendo con el ejército de Guadalajara por los altos de Santorcaz, extenderse hasta Arganda; mas hubo de mudar de acuerdo por la noticia de la capitulación de Madrid, y después por la de hallarse el mariscal Víctor ocupando á Aranjuez. Pero si Napoleón hubiese podido evitar que nuestro ejército se refugiase en la sierra de Cuenca, de seguro lo hubiera evitado, so pena de pasar por insensato.

(N. del T.)

con los fugitivos de aquella batalla había reunido en Segovia las reliquias del destacamento de Sepúlveda y de las tropas batidas en Burgos por el mariscal Soult. Aquellas diversas partidas, después de haberse un momento aproximado á Madrid por el camino de Segovia al Escorial, habían venido sobre Toledo al saber que la capital se había rendido. Habíaseles reunido la guarnición de Madrid mandada por el marqués de Castelar. Su indisciplina no era comparable con nada: saqueaban y talaban mucho más que los mismos vencedores su propia tierra, que debieran haber defendido; sus jefes, avergonzados y llenos de sentimiento ante aquel espectáculo, determinaron poner algún concierto en la retirada y libertar á los habitantes de los bárbaros tratamientos á que se veían expuestos; pero aquellos miserables se dieron á acusar de traidores á sus jefes. El valiente D. Benito San Juan, que era el más inflexible por ser el más animoso, fué el primer objeto de su furia; al quererlos contener en Talavera se vió asaltado dentro de una pobre celda donde estaba alojado, le sacaron arrastrando á un camino, le colgaron de un árbol y allí por espacio de muchas horas estuvieron acribillándole á balazos aquellos monstruos que no habían tenido valor para seguirle al combate. Tales eran los hombres á quienes en su patriótica obcecación confiaba la España su defensa contra una dinastía imperdonable á sus ojos sólo por ser extranjera.

Llegó brevemente á Talavera el general Lasalle galopando á la cabeza de sus escuadrones, y repelió hasta el puente de Almaraz que atraviesa el Tajo á aquellas indisciplinadas partidas. Este puente, en cuyos contornos habían alzado los españoles algunas obras de defensa, no podía tomarse sino con infantería, por lo cual se detuvo Lasalle esperando órdenes del emperador que prescribiesen nuevas operaciones al Mediodía de la Península.

Mientras los ejércitos españoles se veían así estrechados, el de Palafox sobre Zaragoza, el de Castaños sobre Cuenca, el de Extremadura sobre Almaraz, el de Blake sobre León y Asturias, y mientras nosotros nos habíamos vuelto á apoderar en pocos días de media España, los ingleses, á quienes se había hecho creer que sólo iban á la Península á recoger trofeos y á completar una victoria segura, se hallaban en el más terrible apuro, porque aún no habían podido lograr ver reunidos sus diversos destacamentos en un solo cuerpo de ejército. Su único adelanto en este punto era haber reunido á la infantería, conducida por Ciudad Rodrigo y Salamanca, la artillería y caballería llevadas por Badajoz y Talavera bajo el mando del general Hope. Habíase visto este jefe á riesgo de caer en medio de los escuadrones de Lasalle, habíalos esquivado con una acertada marcha por entre montañas, y por último se había reunido por el camino de Ávila con su general en jefe hacia Salamanca. Después de esta anexión contaba el general Moore con unos diez y nueve mil hombres; pero tenía aún que reunirse la división de David Baird, que llegaba por la Coruña á Astorga con cerca de once mil combatientes. El general inglés estaba más que nunca resuelto á la sazón á retirarse, porque mal podía con treinta mil hombres hacer frente á los franceses, hallándose por todas partes derrotados los ejércitos españoles. El deseo de evitar el peligro y de re-